

Un inédito de Unamuno

Teresa López Pardina



Miguel de Unamuno

Mi confesión

Edición y estudio de Alicia Villar, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2011, 144 pp.

Unamuno es uno de esos pensadores que, según las clasificaciones académicas al uso, se cataloga en el grupo de los no racionalistas o incluso irracionalistas, toda una línea de la filosofía occidental en la que se suelen situar desde San Agustín hasta Nietzsche, incluyendo a Pascal, Rousseau y Schopenhauer, por citar los más relevantes.

La investigadora y catedrática de la Universidad Pontificia de Comillas Alicia Villar Ezcurra, buscando la incidencia de la filosofía de Pascal en Unamuno, encontró, en la Casa-Museo Miguel de Unamuno de Salamanca, dentro de la carpeta que contenía el manuscrito original del *Tratado del amor de Dios*, otro escrito inédito que su autor denomina *Mi confesión*. El texto constituye una declaración de sus convicciones más firmes en el momento de la pleni-

tud de su vida. Es el año 1904, Unamuno va a cumplir los cuarenta años unos meses más tarde, y su escrito se dirige «a la juventud espiritual hispana e hispano americana» con el propósito, según su propia expresión, de «encender vuestra sed de inmortalidad», es decir, servirles de impulso para poner su saber y su hacer al servicio de sus países.

Todavía se siente en el vigor de la edad, si bien ya no joven, y el texto expresa el deseo de servir, dar una referencia a la juventud que busca orientarse en la vida, al mismo tiempo que ser útil en ella a los demás. Asoma en el texto el Unamuno profesor, ejerciendo vocacionalmente su tarea ante una juventud necesitada de referencias morales en un mundo y en un momento histórico-político que es conflictivo para una personalidad de la talla mo-

ral del rector de Salamanca. Le preocupan el futuro de su país y el futuro de las naciones hispanas, que tan afines son a la nuestra por historia y por herencia cultural.

En este texto afloran los rasgos filosóficos más peculiares del pensamiento de Unamuno, ideas que muestran las inquietudes intelectuales del escritor en la madurez de su vida, tales como el tema de la inmortalidad, en su vertiente religiosa y humana, tema que volverá a tratar por extenso en su futura obra *Tratado del amor de Dios*, que se convirtió, antes de ser publicada en *Del sentimiento trágico de la vida*; también temas de su inmediatamente predecesora *Vida de Don Quijote y Sancho*. Aquí se apunta dos sentidos de la inmortalidad: el sentido religioso, que es deseo de inmortalidad personal y el sentido humano, que es deseo de hacer algo útil por tu sociedad, tu país, como desbordamiento de sí en ayuda a los demás. En este sentido se entiende el tono del escrito dirigido a los jóvenes.

También muestra *Mi confesión* la concepción del ser humano y de la cultura que sostenía su autor. Una cita de la *Ética* de Spinoza –cada cosa en cuanto es en sí se esfuerza por perseverar en su ser– le sirve de apoyo para describir al ser humano como un ser que encierra sed de inmortalidad y que, por ello, vive su existencia en tensión angustiada, a la manera de Kierkegaard. Si la inmortalidad real es una incertidumbre, al menos queda el recurso de forjarse una inmortalidad por la fama: como escritor, como científico, como creador, como hombre bueno: «Al nombre se sacrifica no ya la vida, la fortuna».

Ese afán «en nuestra propia casta» está reflejado en la figura del Quijote.

La concepción unamuniana de la universalidad cultural se enraíza en lo singular –lo cual nos permite verlo como un precursor del universal-singular existencialista– «lo que no es de un lugar y de un tiempo determinado no es de ninguna parte ni de ningún tiempo y ni puede ser universal ni duradero» (...) «Acaso por haber sido Cervantes el más español de todos los españoles del siglo XVI y el más de su siglo de todos ellos se hizo ciudadano de los países y de los siglos todos».

También aflora su concepción de la ciencia: para Unamuno, la ciencia es un saber de hechos y hechos son «las instituciones que gobiernan en este país, su lengua, su religión, sus costumbres, hecho es el curso del Ebro, hecho es todo lo permanente, la posibilidad constante de sucesos (...) no he comprendido nunca que se preste más crédito a lo que dicen a nuestros sentidos los aparatos de física que a lo que dice la realidad misma y se nos muestra como más objetivo lo que vemos en el termómetro que lo que sentimos en el cuerpo» (56). Poco le interesa la ciencia que deja escapar «lo más hondamente real, lo verdaderamente verdadero, lo individual y concreto, lo irreparable» (57).

La editora del libro, la Dra. Villar Ezcurra, completa el texto de *Mi confesión* con un Estudio que lo encuadra en la época precisa en que lo escribió y en el contexto de su pensamiento filosófico-religioso y literario. El inquieto espíritu de Unamuno se movía en varios frentes: dos años antes había

expresado sus ideas sobre pedagogía y criticado los modelos educativos al uso en la novela *Amor y pedagogía*, donde ya aludía al erostratismo, tema recurrente en *Mi confesión*, que designa el afán de tantos por hacerse un nombre sea como sea, tomando la palabra de un tal Eróstrato quien, según Valerio Máximo, quemó el templo de Éfeso para inmortalizar su nombre. La preocupación por los temas religiosos se había hecho patente desde su crisis de 1897 mientras que desde los años 1902/03 su situación en la Universidad atravesaba dificultades y, por este tiempo, moría el tercero de sus hijos por meningitis. Sus primeros conflictos con la Iglesia oficial, en la persona del obispo de Salamanca, habían empezado también en diciembre de 1902: Unamuno había escrito, en un artículo publicado en la anarquista *Revista blanca*, que el dogma se le había deshecho en la conciencia y que en el puro buscar el espíritu cristiano bajo la letra católica dejó de ser un católico fervoroso; se declaraba profeso de un cristianismo sentimental próximo al llamado protestantismo liberal. En 1903, a raíz de unos lamentables incidentes estudiantiles, se inició una campaña contra el rector Unamuno pidiendo su destitución.

A la par de estos sucesos, y en buena medida como reacción ante ellos, fragua Unamuno la idea de marchar a América, concretamente a Argentina, esperando encontrar horizontes más amplios que los de su vetusto país para su actividad intelectual y para la formación de sus hijos. Al hilo de estas inquietudes, surge el texto de *Mi confe-*

sión. Los temas desgranados en *Mi confesión* están en estrecha relación con los otros escritos que tiene entre manos por esos primeros años del siglo XX. Alicia Villar sitúa documentadamente en la primavera de 1903 la escritura de este texto y considera que debió ser inmediatamente seguido de *La vida de Don Quijote y Sancho* –que empieza en agosto de 1904–. Otros temas esbozados en *Mi confesión* seguirá tratándolos en el *Tratado del amor de Dios* que más tarde se convertiría en *Del sentimiento trágico de la vida*. La primera de estas dos obras «partía de la inanidad lógica de las supuestas pruebas de la existencia de Dios y buscaba la solución por otro camino» afirma Alicia Villar. Y aquí señala la similitud de actitud entre Unamuno y Pascal; al igual que Pascal, Unamuno no se satisface con el Dios de los filósofos porque el concepto humano de Dios es distinto del Dios personal de las Escrituras. Unamuno se propuso, como Pascal, «ahondar en el anhelo de Dios que habita el corazón humano». Esta visión de Dios efectivamente acerca a nuestro pensador a la concepción protestante por considerar que la creencia religiosa se basa en la relación personal del creyente con Dios y desdeñar la profusa mediación que establecía –y aún establece– la Iglesia de Roma.

Estimo, sin embargo, no menos interesante la vertiente ético-política que muestra este texto inconcluso y hasta ahora inédito de Unamuno por algunas aportaciones originales como su visión de la personalidad del Quijote como prototipo del español bueno, su concepción ética de la inmortalidad y

por ende sus vinculaciones de la moral a la política, dos esferas de la vida que, como nos enseñó Aranguren, van siempre enlazadas. Desde este plano ético-político, el texto de *Mi confesión* es de enorme interés para los jóvenes españoles de hoy que, desmoralizados por el comportamiento de la clase política, buscan lo que Aranguren denominaría una remoralización o, mejor, una moralización nueva y rigurosa.

Unamuno es un modelo. Se implica en su trabajo hasta el fondo porque es un ciudadano responsable, pone sus inquietudes a disposición de sus conciudadanos para ayudarles a descifrar la realidad. Así lo declara en este texto: «Pienso en voz alta. Cierto es, y doy todo lo que pienso, vacío en mis libros notas y apuntes tomados de acá y de allá [...] sin entresaca ni cernido alguno, pero ¿es que soy acaso yo quien mejor sabe lo que de mí más se pega a los que me leen? Hagan ellos la selección...». Y más adelante, sale al paso de quienes le aconsejan que concentre sus facultades sobre un asunto «para hacer así una obra especial a que me vaya unido para siempre jamás mi nombre», respondiendo: «¡Mi nom-

bre! ¿Y qué importa mi nombre? No he de sacrificarle mi alma, que es el alma de mi pueblo, del pueblo en el que enraízo y del que broté, del pueblo a que ha de volver esparcida mi alma, aunque enterizo mi nombre».

Hemos de agradecer a Alicia Villar la labor de poner al alcance de todos los posibles lectores, en una cuidada edición que, como mencionaba más arriba, se acompaña de un Estudio tan oportuno como necesario, este acercamiento a uno de nuestros grandes pensadores, a quien –como es habitual entre nosotros– no se le procura ni el reconocimiento ni el estudio que se merece. Y también hay que agradecerle que, una vez más, vuelva a llamar nuestra atención por esa corriente de pensamiento que atraviesa toda la filosofía occidental y que atiende tanto al corazón como a la razón porque muestra que separar esas fuentes ya es suponer que son diferentes, y no hay tal. El llamado pensamiento posmoderno algo ha contribuido en esta línea, pero habrá que volver todavía mucho más nuestra codificada mirada dejando caer códigos antiguos para ver mejor todo lo que puede enriquecernos.

.....
 TERESA LÓPEZ PARDINA es doctora en Filosofía y miembro del Instituto de Estudios Feministas de la UCM.